

Joyas de nuestra biblioteca,

por

Luis Redonet y López-Dóriga,

Bibliotecario Perpetuo.

INCUNABLES (*)

III.—ESTRABÓN

ESTE tercero de nuestros incunables, no es muy apreciado por los técnicos que le conocen (la mayor parte de los tratadistas le citan sólo de referencia), pero no existe ejemplar en ninguna de las bibliotecas de Madrid, fuera de la nuestra, ni en las del resto de España cuyos catálogos tengo a la vista, incluso el general y comprensivo de Haebler, y este hecho y la circunstancia de servir de complemento a las demás ediciones del gran geógrafo griego, ya le concede entre nosotros un valor bibliográfico digno de nota, sobre todo teniendo en cuenta que tampoco abundan en las bibliotecas españolas los demás incunables de Estrabón, pues ni la Biblioteca de la Universidad en sus dos principales ramas de procedencia (la Complutense y la de Filosofía y Letras), ni la del Palacio Nacional, ni la de la Academia Española, por ejemplo, tienen ninguno, ni la Academia de la Historia custodia sino uno sólo, la edición de Venecia en 1472, ni la Biblioteca Nacional cuenta sino dos, el que sin fecha se supone de 1482, y la rarísima primera edición latina, impresa en Roma por los alemanes Konr. Sweynheym y Arnold Pannartz, el año 1469 o el 1470 a mas tardar. Procede nuestro *Estrabón*, del an-

(*) Véase ANALES, cuaderno 2.º de 1935, pág. 221.

tiguo fondo de la biblioteca, y está encuadernado en viejo pergamino, con un *Macrobio* que en su lugar estudiaré separadamente, no sólo por tratarse de autor latino —cuya circunstancia quizá no bastara si ambos autores (Estrabón y Macrobio) constituyesen un mismo y único incunable—, sino también porque la encuadernación no hizo sino juntar dos instrumentos distintos por el año de su respectiva impresión, si bien basta una simple ojeada para comprender que uno y otro tratado salieron de la misma prensa, en idéntico o parecido papel, con el mismo carácter de letra y con iguales formato y características, hasta el punto de no diferenciarse—aparte la fecha—sino por el correspondiente *explicit* y la diversa foliación de cada cual. Y en efecto, como incunables distintos los tratan los bibliófilos, según acontece, por ejemplo, con Græsse, que en el artículo *Macrobio* describe al detalle este mismo que poseemos (comprensivo, como casi todos los *Macrobios*, del *Somnium Scipionis* y de los *Diei Saturnaliorum*), recogiendo después, en su respectiva rúbrica, el *Strabo* que ahora ha de ocuparnos, aunque con el error —en que no incurren Hain y otros tratadistas— de suponerle del *die XXVIII Januari* cuando es, en realidad, del *XXVIII Iunii*.

Es nuestro incunable (n.º 15.090 de Hain) un volumen en folio, papel con filigranas difícilmente perceptibles, letra romana, que empieza con 16 hojas preliminares sin numerar (signadas I-VIII) comprensivas del título **Strabo De Situ Orbis**, a modo de portadilla en el centro de la primera página, y de la *Tabula* a cuatro columnas y 61 ó 60 líneas por página, pues hay alguna coja, en las 14 hojas completas siguientes y recto de la décimaquinta (16 en total), en cuyo verso se imprime la dedicatoria de Antonio Mancinello, corrector de este incunable, al cual se refiere, según vimos, en su Herodoto (incunable n.º I de nuestra colección): *Ant. Mancinellus inclyto uiro Iustino Carosio utriusq³ iuris consultissimo ciuiq³ ueliterno illustri*. Siguen 150 hojas, la primera de las cuales únicamente contiene en su recto, de nuevo, el título *Strabo De Situ Orbis*. Las 149 hojas, ya foliadas desde el número ii y con signaturas desde Aii hasta &iii en el folio CXLVII una vez agotadas las letras hasta la Ziii en el fo-

lio CXLI, son a línea corrida, letra romana, 61 líneas por página de 247×148 mm. de caja, sin reclamos y con notas o apostillas marginales indicadoras de la materia del texto, tan copiosas por lo general, que en los folios LXVI y CXLVIII, v., por ejemplo, ocupan el mismo número de líneas que el texto a que se refieren. La letra S capital en la dedicatoria de Mancinello, está impresa, y es florida (58), pero no existen letras capitales ni iniciales en el resto del libro, que presenta en blanco los respectivos huecos sin indicación de ellas, y suplidas casi todas a mano de un modo sencillo pero abominable, sin que se salven de este calificativo las que se adornaron con algunos rasgos de pésimo gusto.

Son 17, según es sabido, los capítulos de la obra, y a la cabeza de cada hoja se va indicando la numeración y asimismo en el texto, con el respectivo sumario o idea o simple indicación del contenido, al frente de cada uno de ellos. El libro 1.º comienza al folio v: el 2.º, al folio xvii: el 3.º (el más interesante para los españoles), al folio xxvii, erróneamente llamado xxv, aunque también por error de imprenta se encabezan ya con la denominación de *Tertius* los folios xxv y xxvi (por errata, xxvi y xxvii): el libro 4.º, da principio en el folio xxxv, v.: el 5.º, en el XLII, v.: el 6.º, en el L: el 7.º, en el LVII: el 8.º, en el LXIII, v.: el 9.º, en el LXXV: el 10, en el LXXXV: el 11, al fin del LXXXIII: el 12, en el C: el 13, en el CVII, v.: el 14, al fin del CXVI: el 15,

(58) A causa de la precipitación con que escribo y del descuido censurable con que veo y corrijo las pruebas, no me di cuenta de que al referirme incidentalmente al impresor Alopo (en *Mi propósito*), no había pasado del pensamiento a la pluma el adverbio *siempre*, preciso para que lo afirmado fuese verdad. Dije, entre paréntesis, con referencia a las letras capitales, que Alopo fué el primero que hacia 1494 empezó a usarlas impresas, y quise decir: empezó a usarlas *siempre* impresas. Porque Ratdolt, por ejemplo, ya las había empleado antes que Alopo, aunque no lo hizo siempre, como éste. Y las tienen también impresas nada menos que las tres primeras ediciones de los Salterios (1457, 1459 y 1490), pródigamente descritas y fotografiadas y acerca de la primera de las cuales razoné a propósito de la errata *Spalmorum*. Y sobre la mesa de trabajo tenía yo nuestra misma colección de incunables, con letras capitales impresas, según acontece en este *Estrabón*, con la única, a que me refiero, y en el *Diógenes*, que he de examinar en seguida, que las ofrece en su casi totalidad. Lo que ocurre es que tienen muy hermosas letras capitales impresas las cinco únicas ediciones, todas en griego, que se conocen de Francesco de Alopo, veneciano, que imprimió en Florencia: la primera, de 1494, editada por el célebre crítico y poeta Giovanni Lascari; la segunda, de 1496, y las otras tres, sin fecha. Vid. Maittaire (Michælis), *Annales Typographici ab artis inventæ origine ad a. 1500* (Hag. Com., 1719).

al CXXV, v.: el 16, al CXXXIII, v.: y el 17, al CXII, v. No se limitan las erratas de foliación a las ya indicadas, sino que asimismo en el propio cuaderno, signado e, eii, eiii (ya equivocadamente estampado, eii, eiii; e), se llama xxx al folio que en realidad es xxviii, y xxviii al siguiente, que es, naturalmente, el xxix, y xxix al que es xxx, llegando la desventura tipográfica de este cuaderno de seis folios, a contener también otras erratas de confección, como la de terminar el folio xxvii (supuesto xxv) en que empieza el libro 3.^o, con la sílaba *ra-* (con su trazo de unión, y no en calidad o función de reclamo), que se repite al principio de la vuelta al estampar entera la palabra *ratione*. Ciertamente que estas erratas de índole tipográfica no pueden imputarse a Mancinello, que de igual suerte que en la dedicatoria, que comenté, del Herodoto, afirma en la presente del Estrabón, que si en cualquier lugar se encuentra y lee algo depravado, no ha de atribuirse a él, sino al apresuramiento o ligereza de los impresores.

Al folio 18, a (signado, aii y foliado ii): *G|eographiam multos scripsisse nouimus Pater Beatissime Paule II Venete Pon. maxime*, etc. En el folio 21 (foliado, v) (Fig. 5) empieza el texto: *Strabonis Cappadocis seu Gnosii Amasini scriptoris celeberrimi de situ orbis liber primus*. Al folio 166a, foliado CL: **Strabonis Amasini Scriptoris illustris geographie opus finit: qđ Ioānes Vercellēsis ppria ipēsa uiuē || tibus poterisq³ exactissima diligētia iprimi curauit. Anno Sal. Mccccxxxxiiii. die xxxiii aprilis.** Y a continuación, el *Registro* de las firmas.

La dedicatoria de Mancinello, nuestro bien conocido y comentado intérprete o corrector, fechada en Venecia el quinto de las nonas de mayo de 1494, está dirigida, conforme hemos visto, a Justino Carosio. No me ha sido posible aprender quién fué este muy docto y célebre jurisconsulto, al cual, según Mancinello, volaba a consultar la mayor parte de Roma, en cuya ciudad vivía, y por cuyo motivo fué nombrado abogado del Consistorio. El caso es que a este ilustre personaje, lumbrera de la patria (*patriæ lumen & aura*), dedica Mancinello su *munusculum*, seguro de que después de haber resuelto las dificultades del derecho civil, se

I ad Philosophum alia pertinet ulla rra. Satio: & hanc quam hoc tempore de
 situ orbis delegimus: considerādam illi esse putamus. Quod autē nostra mi-
 nime uispendēda sit affirmatio per multa declaratur. Nam qui eam primi at-
 tinerere consili fuerant tales extiterē: Homerus: Anaximander: Milesius: Heca-
 erus concius eius: ut iquit Eratosthenes: Democritus: Eudoxus: Diocarchus
 Ephorus. Alij complures. Post hos etiā Eratosthenes: Polybius: Posidonius
 uisum philosophu. Multa uero disciplina p quā ad hoc opus pueniri pōt: nul-
 lus est qui nisi uisus qui diuina & humana ualeat intueri. Quoq; scintilla philosophi esse di-
 citur. Eodem modo uaria est utilitas: quādam ad res ubi uas actione q; principū. Nōnulla ad cō-
 leuiū res est. In re q; magni magis: scilicet: ad alia: plura: fructuū: & alia: quæ penes uniuersos cer-
 nere fas est. Hæc eundē uidentur hominē: q; artes uti ac beatitudinē cura & cogitatio: cōpētiss.
 Ex ut aūq; quæ dicta sunt: unū q; alios assumentes magis adhuc cōsideremus. In primis quā & nos &
 maiores nostri recte sumus arbitrati. Ex qbus Hipparchus est q; Homerū huius peritæ primariū
 auctorē esse tradidit. Is nō solum uniuersos priores: ac posteriores uirtute poetica superauit. Sed etiā
 ip̄s ferme regē: cuiuslibet: quæ ad uitā spectant experientia. Ex qua nō mō singulare ad res gerēdas stu-
 diū adhibuit: ut plurimas cōgnoscere: cognatūq; posteris tradere: ueq; etiā & singulas priū lo-
 corū: & q; p cunctū orbē: terrā uidelicet habitabiles: ac mare sunt. Nō enī ad extremos: ut ip̄s ter-
 ras: quæ sunt memoris circūlustrans. Nec ip̄am primū qd̄ ab oceano allatā (sicut est) demō-
 strasset: deinde plura q; loca notāma expressit. Nōnulla uero signis qbusdā occultis infusit: ut
 Africa & archipelagus Sydonus & Erēbos: quos arabes Troglodites: hoc est: canemag; uicolas iu-
 as diuini uerbes eloquutus est. Qui uero ad ortus & occasus pertinerent obiculus significauit: q;
 allatā oceanō: ab hinc enim oriētē solem & in hunc occidentē facit panter & stellas,
 inde: rectis radiis tam foli percellatur arua.

Occani lentas alii praefugerat undas
Inciderat occano lux fulgentissima solis:
Nagrastena noctem & manducantia lydera ducens.
Eae occano uidebat de n. Ego tē q occafum inuolunt: mortalium felicitatem offēdit & aeris tē
perit. Cūx und m-Hispanie nauigationē itellenstet: quo & Hercules: & posterius Phœnices exire
cū dūdarunt: & laze impūū temere, post quo & Romani. Hic enī & Faonius ipfatus: hūc & Ely
fūmū campū effe poeta decantat. In quo a deis mītendū effe Menelaum affert.

Elysiūm ad campum: fumos telluris ad oras:
Numina te mittent: flauis ubi muc Rhadamāthos,
Vichus pbi est facies: non nāx hibernare cūlra
Oceāus: probetis flauis caueat auras.

Et transiit aethyopes infulas cetera Mauritaniae finē ad occidēte sunt. Quā qdē ad partē & Hispaniae terminus cōcurrūt. Et ipso autēno manifestum est: quoniam & has ipsas felices cōstituant: q̄re huiusmodi locus p̄cipue fert. Sed em̄ Aethyopes ad oceanū extēsum esse manifestat: q̄d extra m̄ quēdam Aethyopes bisari partiti sunt hominū extremi. Nec uero inantes dictum est bisariā partem cūquēque polliceri de monstrabitur. Quod autem ad oceanum ait, sup̄ter oceanum atq̄ epulas p̄erat proborum Aethyopum hēsternus p̄rit.

[illegible]

Homer & Lus

Troglo-
la

El-6

Fortsetzung

Aethyopes

**Arctos
plastrum**

Horizon

Fig. 5. — Estrabón, *De Situ Orbis* (folio V, hoja 21).

encontraría confortado con la lectura de la Geografía de Estrabón en no menor escala seguramente que con las promesas de los pitagóricos. Porque esta obra siempre fué y sería útil, a causa de constituir un índice (verdadero vivir) de hombres ilustres y de ciudades, ríos, montes, regiones, provincias, lugares, puertos, litorales, mares, lagos y fuentes. Fué Bernardino Resina, amante de las letras y de los sabios (y también desconocido en este momento para mí) quien suplicó frecuente y encarecidamente a Mancinello, que aclarase las enseñanzas de la Geografía de Estrabón. Y aunque afirma Mancinello que más procedió por gusto y deseo de servir a los estudiosos y a la utilidad pública en general, que por agenciarse alguna ganancia, no niega sino que expresamente afirma, que ésta no le faltó, aunque discretamente calla su género y cuantía.

Aun descontada la idiosincrasia de Mancinello, acrecienta la extrañeza de no topar con el nombre de Carosio entre los más destacados de la época, la consideración de que los jurisconsultos a secas—y es la única cualidad que en la dedicatoria se atribuye al Justino—no lograron por lo general, la simpatía ni siquiera la benevolencia de los humanistas, sino que por el contrario hubieron de sufrir su desprecio y a menudo sus duros calificativos y vivas censuras, aunque algunos de ellos mismos fueron a su vez juristas o cursaron la jurisprudencia, como por ejemplo, Raffaello Fulgosio, Fantino Dandolo, Pietro Barbo, Francesco Accolti o Aretino, y sobre todos Angelo Poliziano que, según especificaré al ocuparme en su lugar de un incunable suyo, mereció ser monografiado bajo esta faceta jurídica de su múltiple actividad. Se habían independizado los jurisconsultos, de los teólogos que venían acaparando la ciencia del derecho (59), pero como no se adentraron

(59) Luigi Chiappelli, en sus dos interesantes estudios: *Firenze e la Scienza del Diritto nel periodo del Rinascimento* y *La polemica contro i Legisti dei secoli XIV, XV e XVI* (insertos, respectivamente, en los volúmenes XXVIII y XXVI, años 1882 y 1881, del *Archivio Giuridico*, Bologna, Pisa, 1868-1887, de Piero Ellero y Filippo Serafine), nos dice, con cita de los *Italianische Studien* de Hettner (Braunschweig, 1879), que “la *Giurisprudenza* era stata rappresentata nella Capella degli spagnuoli (in S. Maria Novella, di Firenze)..... come una delle sette figure ecclesiastiche posta al disotto della *teologia*”. Juzgo poco afortunada esta frase que subrayo, porque de ella pa-

francamente por las vías del humanismo, ocurrió lo que de común acontece a quienes profesan un criterio ecléctico o se colocan en un término medio, que no contentan a ninguno de los situados en los puntos extremos equidistantes, y son criticados por los unos y por los otros. Los humanistas, especialmente, se produjeron en términos poco acordes con la serenidad clásica ya que no quepa hablar aquí de caridad cristiana, pero ha de hacérseles la justicia de declarar, que no sólo ni siempre obraron a impulsos de la envidia de un bien ajeno consistente en más pingües rendimientos (son curiosos los datos conocidos sobre la materia), sino que por lo general censuraron a causa de que los jurisconsultos renacentistas carecían de buena cultura clásica y reducían sus trabajos, faltos de toda elocuencia, a

rece desprenderse que no se trata sino de dos figuras colocadas entre las siete eclesiásticas: la Teología y la Jurisprudencia, cuando en realidad son cuatro: dos de Teología y dos de Jurisprudencia, con lo cual gana en fuerza la observación que se hace. Séame permitida, en demostración de ello, una ligerísima descripción del monumental fresco de que se trata: alegoría de Santo Tomás, debida probablemente a Andrea de Florencia, que tengo a la vista en la excelente reproducción del *Klassischer Bilderschatz* (tomo IX, lámina 1183; München, 1897). Además de los siete ángeles con los atributos de las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales, que vuelan en el medio-punto superior sobre el trono en que está sentado el Santo, y de los evangelistas y profetas (Mateo, Lucas, Moisés, Isaías, Salomón, Juan, Marcos, Pablo, Daniel y Jeremías), colocados cinco a cada lado, en la misma línea del trono, y de los tres herejes, Sabelio, Arrio y Averroes, que se acurrucan en grupo y en un plano inferior, a los pies del Santo; son catorce las figuras femeninas, representativas de las ciencias y las virtudes, que aparecen en línea corrida en el plano inferior de la pintura, y otras catorce las masculinas sedentes, situadas debajo de ellas, y que simbolizan las grandes personalidades características de las respectivas ciencias humanas o sagradas que están sobre ellas. A la izquierda del Santo, a partir del centro del fresco, o sea a la derecha del espectador, quedan colocadas, empezando a contar por el extremo: la Gramática, con Donato, debajo, escribiendo; la Retórica, y Cicerón, con un libro sobre las rodillas; la Lógica, y Zenón, también con un libro; la Música, y Tubalcain, con yunque y un martillo en cada mano; la Astrología, y Atlas escribiendo en un libro sobre sus rodillas; la Geometría, y Euclides, con libro; y, finalmente, la Aritmética, y Abraham, a lo que parece. No consta, pues, la Jurisprudencia entre las siete ciencias humanas. A la derecha de Santo Tomás, continuando el orden que sigo de derecha a izquierda, empiezan las figuras que Chiappelli llama eclesiásticas: la Caridad, con San Agustín debajo; la Esperanza, con Juan Damasceno; la Fe, con Dionisio Areopagita; la *Teología* (quizá, dogmática), con Boecio en actitud pensativa; la *Teología especulativa*, con Pedro Lombardo; el *Derecho canónico*, encima de la representación del Papa Clemente V, y el *Derecho civil*, con Justiniano, que ostenta el *Codex Juris*, a sus pies. Es, pues, cierto que la Jurisprudencia, en sus dos ramas (canónica y civil), está incluida entre las figuras *eclesiásticas*, junto a las *Teologías*; pero quede reforzada, con este mi mayor detalle de exactitud tomado del *Erläuterungen* (explicación, glosa o comentario) que precede a la colección de las láminas del *Bilderschatz*, la afirmación, demasiado vaga, del texto que redacta o copia Chiappelli.

un árido y pesado montón de vacíos formulismos nada emparentados con las espléndidas y artísticas disquisiciones de los grandes tratadistas del derecho en la antigüedad. Lo cierto es que a partir de los ataques de un Bocacio y de un Petrarca, primeros restauradores italianos de la cultura clásica, que fueron, especialmente el segundo, en el terreno de las letras, de la filosofía, y de la cultura general, algo más de lo que cree y conoce el vulgo (y cuenta que, según dijo el filósofo, son vulgo muchos de los que viñen clámide) nació y alcanzó rápido desarrollo, una verdadera cruzada humanística contra los jurisconsultos. Sin traer a cuento el nombre de todos los afiliados en la empresa combatidora, quede dicho que militaron en ella, no ya sólo gentes de la contextura moral de un Poggio Bracciolini, tan insigne pero tan impetuoso y maldiciente y que por cierto había compuesto en su juventud un discurso en elogio de los jurisconsultos (*In laudem legum*) y había discurrido con moderación sobre el tema de quién es más útil, si el jurisconsulto o el médico; sino también varones tan sesudos o tan prestigiosos como los mencionados Petrarca y Bocacio en las postrimerías del siglo XIV y ya en el XV un fray Ambrosio Traversari (con quien pronto haremos amistad) y un Leonardo Bruni, un Francesco Filelfo, un Lorenzo Valla (aunque no siempre) y un Maffeo Vegio, por no alargar, a poca costa, la lista. Petrarca, en sus cartas familiares (impresas por Juan y Gregorio de Gregoriis en 1492 y luego en más completa edición por Sam. Crispinus en 1601) aunque había él mismo estudiado jurisprudencia en sus primeros años, menospreciaba a todos los jurisconsultos y llegó a calificar de estúpido y trasnochador, nada menos que al gran canonista Juan Andrés, gloria de su patria, Bolonia. Bocacio acompañó a Petrarca en el desprecio, y aludió también a la ridiculez de la dialéctica de los jurisconsultos. Y uno y otro les exhortaron al estudio de la elocuencia y de la elegancia del estilo latino. El piadoso fray Ambrosio Camaldulense, criticó la barbarie de los jurisconsultos. Leonardo Bruni (tenemos un incunable suyo), estudiante también de derecho, echaba en cara a los legistas su falta de cultura. Maffeo Vegio, de quien también posee-

mos un incunable, precisamente de derecho civil, se lamentaba de que éste fuese tratado y comentado con una verborrea oscura y confusa. Francisco Filelfo, maestro de tantos humanistas, acusaba a los jurisconsultos, de ser bárbaros en su estilo y de no conocer a fondo el latín. Lorenzo Valla, tan comedido otras veces, tuvo alguna a todos ellos por ignorantísimos y llegó a sostener que no existía quien no fuese enteramente ridículo y despreciable (60). Vuelvo a repetir, que algunos humanistas fueron al mismo tiempo esclarecidos jurisconsultos o a la inversa: baste añadir a los nombres ya citados, el de Jacobo Zeno que en opinión de Ughelli fué *gravissimus jurisconsultus, aliisque disciplinis nobiliter excultus, venerandeque antiquitatis studiosissimus*. Pero Justino Carosio no fué, a lo que parece, ni humanista ni cultivador de disciplina ajena al derecho: ¿fué a pesar de ello, varón de tan excepcionales dotes de cultura, pureza de estilo, clásica elocuencia y desinteresado ejercicio profesional, o por ejemplo, tan *peritissimus artifex memoriae*, que pudiera decir con Pietro Tommai, *omnes lectiones meas juris canonici sine libro quotidie lego*; por todo o algo de lo cual mereciera ser exceptuado de la animadversión literaria y científica comúnmente sentida contra sus cofrades?

Con sugerir tan interesantes divagaciones la dedicatoria de Mancinello, la nota más atractiva, aunque no exclusiva del incunable que examino, para conocer cosas y personas y aun la sociedad cultural en la décimaquinta centuria, la encontramos en la epístola (folio 18, a y numerado ii), dirigida a Paulo II y cuyo encabezamiento dejó registrado. Digo que no es nota peculiar del instrumento que examino, porque consta igualmente en la primera edición latina del Estrabón (Roma, 1469) y en la de Venecia, de 1472 (ya citadas), ambas también impresas sobre la traducción de Guarino Veronese y Publio Gregorio Tifernato. No está encabezada ni

(60) D. Eduardo de Hinojosa, maestro mío en la ya fenecida Escuela Superior de Diplomática, recogiendo los datos de Chiappelli y de otros autores que éste cita y que yo también he consultado directamente, traza con la maestría en él acostumbrada, un cuadro de la actuación de los humanistas contra los jurisconsultos, en el párrafo 153 (capítulo I del libro VII) de su *Historia del Derecho Romano*. Madrid, 1885.

firmada la epístola con el nombre de su autor, ni en parte alguna nos le da éste a conocer, pero pone en camino de averiguarlo al decir de sí mismo que era obispo de la santa y pacífica Iglesia Aleriense y que antes lo había sido de Actio. En efecto, se trata de Juan Andrea (Giannandrea) de Bussi (*Aleriensis*), nacido en Vigevano (Lombardía) el año 1417 y muerto en Roma el 1475 (61), a quien Paulo II, su protector señaladísimo, encargó de corregir las obras de los clásicos latinos, y que fué el corrector en Roma de los impresores Konrado Sweynheym y Arnolfo Pannartz, y de Wolf Han (*Lupus Gallus*), y cuyos prefacios fueron generalmente enderezados a Paulo II mientras éste Pontífice vivió. Buen humanista e incansable trabajador fué, a lo que parece, este señor obispo, aunque no ciertamente en los menesteres de su episcopado, puesto que vivió constantemente en Roma, sin residir en ninguna de sus dos diócesis. Según natural tendencia, obligado proceder en las nuncupatorias y señalada costumbre adulatoria en la época renacentista, no escatimó Juan Andrea en esta epístola, sus elogios a Paulo II, como más tarde los consagrados a Sixto IV; y tengo por seguro que no rechazaría ayudas y socorros que siempre le fueron necesarios a causa de su desprendimiento y de la inmoderada adquisición de libros, que le trajeron al punto—según él mismo nos cuenta en otra parte—de carecer de dinero con que hacerse afeitar la barba (62).

(61) Ignoro en qué datos se basa el autor del correspondiente artículo de la enciclopedia *Espasa*, para afirmar que Andrea falleció el año 1488. La muerte le sobrevino, en Roma, el día 4 de febrero de 1475, y así puede leerse en la inscripción sepulcral que copia Mazzuchelli (*Scritt Ital.*, II, Parte II, página 702.) Si este autor no copió mal, no se trata de errata no salvada, o no erró la leyenda mortuoria, tampoco acierta, pues, Ferdinando Ughelli, ilustre abad del Cister (1595-1670) cuando afirma que Andrea falleció el año 1492, si bien toma la noticia de Trithemius (Johannes), autor, según es sabido, de varios *laudes* y *Anales* y de un excelente *Liber de scriptoribus ecclesiasticis*. Aunque es Ughelli biógrafo que yerra a veces, siempre resulta utilísima, leída con cautela, su monumental obra: *Italia Sacra s. de Episcopis Italie et Insularum adjacentium rebusque ab iis gestis Opus*. Utilizo la segunda edición, precedida de un estudio de Nic. Coleti (Venet, 1717-22). 10 volúmenes en folio.

(62) Nos lo refiere en la carta que escribió a Paulo II para la edición de Aulus Gellius, *Noctes Atticæ* (Romæ, in domo Petri de Maximis, 1469, die 11 mensis aprilis), y no deja de traerlo a cuento Tiraboschi cuando traza la silueta moral de Andrea, como lo hace también Luigi de Gregorii (*La Stampa a Roma nel Secolo XV*, Roma, Typ. Cuggiani, 1933-XI), que además se complace en recordar, en demostración del desinterés del obispo,

Es muy larga y de difícil lectura esta epístola del aleriense, pero resulta interesante, conforme digo, y procede según mi método, dar una idea de ella. Pondera la importancia y la utilidad de los estudios geográficos, guía de las legiones guerreras, honrados por los reyes, amados y alabados por todos los mortales, que en ellos aprendieron a conocer comarcas y regiones, y causa de que fuesen estimados—así como por sus divinos ingenio y erudición—Hiparco, Eudoxo, Eratóstenes, Hipias, Seboso, Bion, Jenofonte, Lampsaceno, Beron, Timeo y Dionisio, y de que surgieran un Plinio, un Mela y un Tolomeo, y ya en tiempos de Augusto, un Estrabón y otros muchos nunca bastante alabados. Desearon los Sumos Pontífices que tales varones fuesen oídos por los romanos; y a este fin, Alejandro V encargó al docto matemático Jacobo Angelo Florentino que tradujese a Tolomeo; y Nicolás V, a Guarino Veronese y a Gregorio Tifernato, de verter asimismo al latín, la Geografía de Estrabón. Andrea, con ayuda de sus amigos Teodoro, Andrónico y Birago, hombres peritos en latín y en griego, estudió Europa en Guarino, y Asia y Africa en Gregorio, es decir, las respectivas traducciones de uno y otro, comprensiva la primera, según es sabido, de los diez primeros libros de Estrabón, y la segunda, de los siete restantes (63). No anduvo desacertado Andrea en la elección de colaboradores. Teodoro Gaza (de Tesalónica), a quien jugando del vocablo llama *meo gazae* (mi tesoro), vino a Italia hacia el año 1439, fué profesor de griego y tan perito también en

aleriense, un dístico que éste había compuesto, el mismo año 1469, para las ediciones de sus impresores Sweinheim y Pannartz, y el colofón puesto a la mencionada primera edición de Aulo Gelio:

Ut nota pressarent clari monumenta magistri
Edidimus gratis, sit procul invidia.

No falta a la verdad Ughelli (*loc. cit.*, III col., 504, D. núm. XX) al decir que Andrea, secretario y bibliotecario del Papa, fué *vir in divinis scripturis studiosus, & in secularibus literis eruditissimus, jurisconsultus & orator eloquentissimus, vita & conversatione præclarus*....

(63) El mismo Guarino tradujo también los siete últimos libros de la Geografía de Estrabón, pero esta versión no ha sido publicada—que yo sepa—, y en todas las ediciones impresas que conozco se utiliza la del Tifernato, no sé si por inercia editorial o porque a los contemporáneos de Guarino pareciera poco acertada su traducción de los diez primeros libros, pues, en efecto, consta este juicio desfavorable.

el aprendido latín, que hizo numerosas traducciones de una a otra lengua indistintamente, y escribió unas *Instituciones Gramaticales* (*Theodori introductivæ Grammatices libri quatuor*) impresas por primera vez en Venecia el año 1495. Paisano quizá de Teodoro fué Andrónico, llamado *Callisto* (aunque alguien le supone de Constantinopla), también venido a Italia y profesor en Bolonia: *dopo Teodoro il più famoso nella greca letteratura*, a juicio de Rafaello Volterrano. Y humanista fué, por último, Birago (Lapo Birago o Lapo da Castiglionchio), nacido en Milán, discípulo, como tantos otros, de Francisco Filelfo y gran amigo de Ambrosio Camaldolense y demás hombres ilustres de la época (64).

Nadie se extrañe de que Andrea llame *cretense* a Estrabón (*Straboq³ cretensis*), porque si bien el mismo geógrafo nos dice que nació en Amasia (ciudad del Ponto, en Asia Menor), y el propio texto latino que edita Andrea le tiene por *amasini scriptoris*, es lo cierto que se discutió alguna vez acerca de su patria (65), y que sus antepasados fueron, en efecto, de Creta, con lo que evidentemente se refería el comentarista al punto de la oriundez. En cambio suscribiría hoy cualquier mediano estudiante, la frase de que Estrabón fué no menos historiador que geógrafo (*nō minus historicus quā geographus*), porque en efecto la obra de que se trata no es mera nomenclatura descriptiva de naciones, comarcas y lugares, sino que se deleita, con gran provecho de cuantos cultivamos la historia, en la noticia y descripción de hombres, leyes, instituciones, costumbres y tradi-

(64) Para conocer la vida y las actividades humanísticas de estos tres mencionados auxiliares de Giannandrea, resultan inapreciables las epístolas de su contemporáneo Filelfo, el más fecundo epistólogo del Renacimiento; y, por lo que atañe especialmente a los dos primeros, además de la consabida obra de Tiraboschi, que siempre se consulta con provecho, puede verse en Bernero (*De doctis homin. Græc.*) noticia detallada de las publicaciones de Andrónico, y en la monumental obra de Phil. Argelati, *Bibliotheca Scripturum Mediolanensium* (Mediol., 1745), cuanto se precisa para conocer a Biragus Lampus, seu Lampuginus, a quien dice Filelfo, su maestro: "*laudo bonitatem ingenii tui, qui ætate jam dudum ingravescens des Operam Græcæ Litteraturæ*", y cuyo Birago no ha de confundirse con otro más joven (*Biragus Lampus, seu Lampuginus, alter*) que Argelati estudia a continuación del que nos ocupa.

(65) No he podido dar con este libro que tengo registrado y que seguramente resultará interesante: Karl Gottfried Siebelis, *Disputatio de Strabonis patria, genere, ætate, operis Geographici instituto atque ratione* (Budiss., 1828).

ciones..... De igual suerte que Herodoto fué geógrafo al par que historiador, Estrabón ha de ser incluido en el rango de los historiadores por esta su Geografía, y sin necesidad de acudir para ello a sus iniciales y perdidas Memorias históricas.

Lo que sí puede constituir materia de escándalo, o al menos de sorpresa, en esta epístola de Juan Andrea, es la increíble virulencia con que trata a un innominado personaje de su época, so pretexto de defender a Platón, o por mejor decir, una frase suya (del propio Andrea) acerca de Platón; pero quizá — y aun descontados los impulsos de un amor propio herido con la burla — por causa desconocida de índole personal. Porque no era entonces infrecuente, ni lo será nunca, vestir con máscara de torneo científico o literario lo que en definitiva se reduce a disputa de quienes se malquieren. Recuértese, por ejemplo, entre otros muchos casos que pudieran aducirse, que Guarino Veronese — de quien en seguida habré de ocuparme — se ensañó con Poggio Florentino por el aparente motivo de que éste ponía a Escipión por encima de César, contra su opinión favorable a la preeminencia de éste segundo, pero probablemente, según sospecha de Lenfant en su *Poggiana*, más por deseo de ofender al *amigo*, que de defender a César. Alguna vez se interrumpe Andrea para recordar que es obispo y debe usar de humanidad y conmiseración, y protesta de que no es costumbre suya la de alborotar, y termina, al mismo tiempo que pide perdón, alegando que se vió en la necesidad de obrar conforme lo hace, contra las aficiones de su voluntad. Pero considero fundado su temor de que Nicodemus Pontremulense, excelente orador ducal mediolanense y uno de sus más antiguos amigos (66), estimase que

(66) No encuentro en Argelati, noticia de este Nicodemo Pontremulense; pero habla de él Juan Simoneta en su *Historia de Rebus Gestis Francisci Primi Sfortiæ Vicecomitis Mediolanensium Ducis, in XXX libros distributa*, publicada por el Muratori en su tomo XXI (col. 702, E), y de cuya interesante obra he visto un incunable (I-134) en la Biblioteca Nacional (Mediolani. Ant. Zarotum, 1486). Y, a propósito del *cognomen* o apelativo que Nicodemo debió, sin duda, a su patria Pontremoli, es curioso saber que entre los vendedores ambulantes de libros se distinguieron, desde tiempo inmemorial, los habitantes de los montes de la Lunigiana, allí llamados *pontremo-*

se irritó demasiado y con alboroto desacostumbrado. No nombra Andrea a su víctima, sino que suponiéndola más perversa que Erinis (sin duda antes de que ésta furia cambiase de aspecto moral) y equiparándola al mordaz Timón, enemigo constante de todos los hombres, la bautiza, para el uso de la diatriba, con el nombre de *Cenotimon* (nuevo Timón). Son tantos, y tales, no obstante, los datos, alusiones y referencias que amontona como base de los insultos que la dirige, que para los contemporáneos sobraría ciertamente el nombre de ella, y no me ha sido a mí difícil sospechar, aunque no lo leo en ninguna parte, que se trata de Jorge de Trabisonda (*Giorgius Trapezuntius*) de quien hablaré detalladamente en el estudio de nuestro incunable *Eusebio Pamphilo*, dejando entonces justificada, según pienso, ésta sospecha mía.

De todas suertes y fueran cuales fueren los motivos secretos, si los hubo, de la iracundia del buen obispo, sin duda le llegó a éste al alma, que *Cenotimon* se burlase de que hubiera llamado a Platón, *secretario de la divinidad*. Hay que convenir en que la frase, aun en la décimaquinta centuria, resulta de mal gusto. Y ni que decir tiene, que no se purifica con los razonamientos que al propósito aduce Andrea ni con los testimonios que trae y que no pasan de enaltecer en su justa medida el mérito de Platón. Porque es cierto que éste fué hombre bueno y doctísimo, sacerdote de la filosofía y conocedor de la naturaleza, que llegó a adquirir cuanto es dado a un gentil y mereció ser ensalzado por teólogos cristianos del calibre de San Agustín: pero parece que el no considerarle *secretario* de la divinidad, nada dice en contra de todo ello ni autoriza a tener a quien así lo piensa y dice, por más terrible que las fieras y las serpientes y que los mismos antropófagos, puesto que éstos se alimentan de carne humana, pero no devoran los cadáveres de los que murieron hace cerca de dos mil años. Que éstas y otras lindezas más graves dice Andrea de su crítico: le

lesi, que se dedicaban a vender libros populares, *santini* y quincallería de vario género, y de donde se vino a dar el nombre de *pontremolesi* aun a los habitantes de otras regiones que ejercían tal oficio.

llama, defraudador y malvado, y habla de su desvergüenza y desfachatez y le atribuye—no sé si con algún fundamento—tratos con el Turco en contra de la Santa Sede y de la Cristiandad. Más véase el fuiste del razonamiento en pro de la discutida frase, si yo con mi rudimentario latín he acertado a interpretar el texto del obispo alericense. Si Dios es la misma verdad, el Vicario de Dios tiene la cátedra de la verdad y quien sea su secretario, es decir, *el que conoció los secretos* de éste su jefe, es en realidad *secretario de la divinidad*. Platón, que conoció algunas de las perfecciones de Dios puede ser llamado *secretario de la divinidad*, pues nadie entre los gentiles fué más sabio, más casto y más veraz que él, ni escribió tantas cosas *secretas* en tablillas que apenas pueden ser leídas, releídas y entendidas sino por hombres divinos (*non possit tamen nisi a diuinis hominibus lectus atq³ perlectus itelligi*).

En mi deseo de puntualizar en lo posible cuantos datos vengo divulgando, puse toda diligencia, de igual suerte que para dar con el nombre del vapuleado por el obispo alericense, para averiguar el texto en que éste hizo a Platón, secretario de la divinidad. No fué llana la empresa porque no conozco autor que lo diga—aunque serán seguramente muchos quienes lo sepan—, pero al fin tuvieron éxito mis investigaciones. Juan Andrea interpretó las Obras de Apuleyo y Alcino, y en su edición de ellas, impresa por Konrad Sweynheym y Arnold Pannartz en Roma el año 1469, insertó una epístola-dedicatoria dirigida al Papa Paulo II, que es una ferviente apología de Platón y del Cardenal Bessarion entusiasta a su vez del gran filósofo griego. No he podido ver este rarísimo incunable, que no consta en España, pero aunque tampoco dí con todas las reimpressiones tuyas que citan los autores (alguna de las cuales, no existió nunca) logré estudiar en la Biblioteca Nacional el incunable n.º 1844 (no citado por Haebler, que no cuenta ninguno en España), impreso por Henr. de Sancto Urso en Vicencia el año 1488, y que empieza (hoja 1.ª sin folio ni signatura) con la *Epistola Ioannis Andreæ Episcopi Hylariensis*. Pues en esta epístola, como supuse en cuanto aprendí su existencia, se encuentra el *divinitatis secretarius*, que

tanta polvareda levantó, porque no se redujo todo a la extractada y comentada indignación del buen Juan Andrea, sino que con motivo de aquella frase o del proemio calificado por ella, también un hijo de Trapezuntio, llamado Andrea, escribió un tratado contra Platón que fué visto por Zaccaria el año 1756 en la biblioteca de los Padres Jesuitas de Mantua y del cual publicó el mismo Zaccaria, la conclusión y el prefacio dirigido a Paulo II.

Al proemio-epístola de Juan Andrea, siguen en nuestro incunable y en todas las ediciones hermanas a que me he referido, dos de Guarino Veronese (67): uno dirigido al Papa Nicolás V, y otro al insigne patricio del Orden ecuestre, Jacobo Antonio Marcelo Véneto. En el primero de ellos (fol. iii, sign. aiii) ensalza Guarino muy justamente los muchos y variados conocimientos de Nicolás, gloria de los estudios humanísticos, que, lo mismo que las artes y las ciencias filosóficas y jurídicas, tanto se ensalzan cuanto recuerdan los nombres de sus maestros y cultivadores. Alejandro Magno, invitado a correr en unos juegos olímpicos, dijo que gustoso lo haría si sus rivales en el estadio fuesen reyes. Nicolás V, siguiendo las huellas de Cristo que volvió a la vida a Lázaro, sacaba a luz escritores muertos y enriquecía a la Iglesia con una preciosísima biblioteca, ajuar excelente preferible a los vasos de plata y oro, que prestan servicio en silencio, mientras que los códices son instrumentos de sabiduría que con sus palabras sirven para propagar la religión. Sería Nicolás no menos honrado y alabado que Ptolomeo II Filadelfo, rey de Alejandría, que hizo traducir

(67) Ni aun a título de la divulgación que persigo y que justifica mucho de lo sabidísimo que vengo diciendo, considero necesario, ni siquiera pertinente, detenerme a contar quién fué Guarino Veronese, celeberrimo personaje, de cuya vida y trabajos humanísticos tratan todos los autores y a quien yo me he referido reiteradamente, de pasada, al hablar de Poggio Fiorentino. Baste consignar aquí, para que mi plan no sufra menoscabo en su contextura, que nació en Verona el año 1370, viajó a Constantinopla, en donde aprendió el griego, y fué maestro de Gramática y Humanidades en muchas ciudades italianas, actuando especialmente en Ferrara, en donde murió el día 4 de diciembre de 1400. Autor de obras gramaticales y de las *Vidas* de Plutarco y Platón, mereció vivos elogios de sus contemporáneos. Fué padre del Bautista Guarino, de quien guarda la Academia un incunable, que estudiaré en su lugar, y abuelo del famosísimo poeta Juan Bautista Guarino, autor del *Pastor fido*.

de la lengua hebrea los 70 intérpretes de las divinas escrituras, 280 años antes de nuestra era. Dispuesto por Dios que quedase atado o desatado en el cielo todo lo que su Vicario atase o desatase en la Tierra, quiso Nicolás conocer la extensión del imperio que se ponía bajo su poder, y determinó traer por testigo a Estrabón, hombre doctísimo, que describió las partes del Orbe desconocidas u olvidadas por su antigüedad, describiendo minuciosamente los hechos célebres y los pueblos, naciones, ríos y montes. Se esforzó Guarino en cumplir el mandato soberano de traducir a Estrabón, y a estilo de los antepasados, que señalaban con el nombre consular todos los actos preclaros, esculpía en el frontis del código, este título: *Strabo recte & acure perspicuens mundi designator acurissimus atque solertissimus: ut ex latinis peragrandi orbis uiam commonstraret: Guarini ueronensis interpretamento Italis quoq³ se apperuit pontificante Nicolao quinto: eodēq³ mandante.*

El proemio de Guarino a Marcelo (folio iii, v., sign. aiii, v.) está encabezado en esta forma: *Eiusdem Guarini absolutiorem Strabonis inchoati probemium alterum ad insignem ac pa || tricium equestris ordinis uirum. d. Iacobum Antonium Marcellum Venetum.* Consta de tres apartados o párrafos perfectamente deslindados en el impreso por medio de una línea en blanco y el hueco para cada una de las respectivas letras iniciales. En el primero de los párrafos, invocando el recuerdo de Atlante, varón ilustre y rey poderosísimo, que cansado del largo trabajo de sostener el cielo, hubo de aceptar la ayuda de Hércules, dice Guarino que lo mismo ha ocurrido con su Estrabón, que emprendido para la santa memoria de Nicolás V, ha encontrado en Marcelo otro Hércules, que le ayudó a sostener el peso a quien, como él, desfallecía. Y ello le mueve a rememorar la nobleza y sabiduría de Marcelo y sus hechos pacíficos y guerreros, tan hábil y prósperamente ejecutados, que nada le falta para llegar al cenit de la gloria, ya se mire a su linaje, ya a sus propias hazañas. Y en efecto, en el párrafo segundo, el más extenso de los tres y médula de todo el proemio, se deleita Guarino en aludir a la gloria de los Marcelos, empezando por el vencedor de Aníbal y continuando por los descen-

dientes, que en momentos de apuro arribaron a Venecia con cuatro grandes naves onerarias llenas de inmensas riquezas y levantaron hermosísimos templos de mármol que son antiguos documentos perennes de tanta nobleza. Pero cree Guarino que las hazañas del Marcelo a quien se dirige, en nada desmerecen de esas de sus antepasados. En demostración de ello, recuerda la defensa que hizo de Casale la Grande (68) de la que era prefecto, durante la guerra del milanés Felipe María Visconti contra Venècia. La plaza no pudo ser tomada, a pesar de que la cercaban 30.000 hombres provistos de todo género de instrumentos de guerra y bajo la dirección de los generales más distinguidos de Piccinino (69). Y aunque por la obligada brevedad de los proemios, no le era posible a Guarino enumerar todos los actos heroicos de Jacobo Marcelo, no podía callar algunos otros, porque prefería que su oración pecase de redundante que de ingrata. Nos cuenta, por ello, y siempre dirigiéndose al propio Marcelo según corresponde a una dedicatoria, que la guerra mencionada vino a concentrarse en el asedio de la ciudad de Brescia, cercada por el poderosísimo ejército enemigo con grandes esperanzas de éste y desaliento de los venecianos, porque los sitiados sufrían de pobreza y de hambre sin que hubiera camino libre por el cual socorrerles, ni ellos se atreviesen a hacer una salida contra tantos miles de sitiadores. Que Marcelo, enviado a remediar tan gran peligro, cruzó por lugares silvestres y rocas escarpadas, y de tal suerte animó a los ciudadanos y a los soldados, que bajo su dirección fué arrancado al enemigo el castillo Roato, cumbre y verdadera clave de la ciudad; y que luego, dejando la ciudad afianzada y protegida, sacó de ella un ejército de hombres en gran parte inútiles, y cruzando los Alpes, cual otro Aníbal, le llevó al campo

(68) *Casale maius*, o Casalmaggiore, en la Lombardía Veneciana, provincia de Carmona, sobre el río Pó. No se trata, pues, ni podía tratarse, del más conocido e importante Casale de Monferrato, en la provincia de Alejandría.

(69) Es mucho lo que en todas las historias se ha escrito sobre Nicolao Piccinino, pero es modelo de sobriedad y de respeto a la verdad la *Oratio Petri Candidi Decembrii in funere Nicolai Picinini sive Vita ejusdem bellicosissimi Ducis a Polismagna in Italicum Sermonem conversa*, que publica el Muratori.

de Verona y le salvó de la destrucción de que hubiera sido objeto. Pero lo que más excita el entusiasmo de Guarino, es otro hecho, no ya igual sino superior — en opinión suya — al realizado por Jerges, rey opulentísimo, cuando éste construyó un puente de barcas sobre el Helesponto a fin de que su ejército pudiese atravesarle a pie. Marcelo, sólo con la grandeza de su ánimo y la agudeza de su entendimiento, hizo un camino terrestre para las naves, y por lugares escarpados y sitios montañosos, llevó al lago *Benacus* (hoy, de Garda) una regular escuadra compuesta de chalupas, birremes, trirremes y otros diversos navíos, abriendo con ello a Brescia una entrada para víveres, dinero y armas. Otras heroicidades de Marcelo trae todavía a cuento Guarino, alguna de las cuales, digna de eterna memoria, causa de desesperación en Piccinino y elogiada por el propio Francisco Sfortia, le valió las insignias del orden ecuestre, y desde luego le coloca en el rango de los Fabricios, Curios, Emilios y Catones. Por todo ello, Estrabón, apenas llegado de Grecia (es decir, apenas traducido), tiene que triunfar asido a tan ilustre patrono.

Se reduce el párrafo tercero del proemio (iiii, v.) a recordar a Homero, que conocía el Océano y el Mediterráneo y a cada paso describe el Orbe en sus poemas; y a Eratóstenes, que aun teniendo muy mala opinión de los poetas, alabó mucho la poesía homérica precisamente por la varia y útil noticia de lugares y vientos.

La índole de este trabajo mío no consiente discurrir detenidamente sobre temas y hechos de la envergadura histórica de los que Guarino atribuye a Antonio Marcelo; pero esa misma entidad o importancia de ellos, autoriza unas ligeras observaciones que al fin y al cabo constituyen comentario del proemio que es factor o parte integrante del incunable. Pocos serán quienes desconozcan la referencia histórica de famoso asedio y consecuente liberación de Brescia el año 1438, pero tengo por seguro que serán también escasos los que hayan topado con el nombre de Jacobo Antonio Marcelo, al aprender dicho celeberrimo acontecimiento. Porque acontece, y ello no ofrece novedad para quienes por oficio o afición frecuentan los caminos de la historia, que ésta, e

su afán simplista y sintético, tiende a encerrar y personificar en el jefe o cabeza, la actuación de los súbditos. Por ésto la popular *Historia Universal* de Cantú, por ejemplo, se limita a cantar la gloria de Francisco Sforza por la liberación de Brescia, sin que a tal lauro una—y ello por la singularidad del caso—sino el recuerdo del heroísmo de las mujeres bajo la dirección de Brígida Avogrado. Tampoco se nombra siquiera a Marcelo, a propósito de este asedio, en la anecdótica y minuciosa *Historia Florentina* de Poggio, que también recoge la actuación de la Avogrado y sus compañeras brescianas (70) y acumula sobre Francisco Barbaro toda la gloria del suceso (71). Más éhoca todavía que omitan la actuación de Marcelo, si ella fué como la pregona Guarino, los *Annales Placentinos*, de Antonio de Ripalta (72) y la ya mencionada *Historia de las Gestas de Francisco Sforza*, de Juan Simoneta, que recuerdan y enaltecen posteriores hechos de nuestro personaje. Pero lo más extraordinario del caso es que guarden igual silencio los *Annales Brixiani*, escritos día por día y con toda suerte de detalles por el bresciano Christóphoro A. Soldo, que anduvo personalmente en el fregado (73). Ante ésto, temo mucho que tampoco se rinda a Marcelo el debido homenaje, en los *Commentariorum de quibusdam gestis in bello gallico Franc. Barbari. s. de obsidione Brixiae an. 1438...* (Brixiae. Ricciardi, 1728) publicado bajo el seudónimo de *Evangelista Manelmi* y que casi todos los autores atribuyen al propio Barbaro aunque

(70) Llenas están las historias, y muy señaladamente las españolas, de la actuación heroica de las mujeres en casos y momentos de aprieto para las ciudades de su naturaleza y vecindad, pero siempre ocupará lugar señalado en los fastos de las grandes empresas, ésta de las mujeres brescianas, que con su extraordinario coraje contribuyeron a rechazar a Piccinino. Las dirigió, en efecto, Brígida Avogrado, dama de calidad: *gente illustris matrona, in centurias ceteris mulieribus distributis virilem tuendæ patriæ operam navavit.*

(71) La *Historia Florentina* de Poggio, escrita en latín y traducida a lengua toscana por su hijo Jacobo, ha sido reiteradamente editada en aquella lengua, y la trae Muratori en el tomo XX, precedida le una *Vida* del Poggio. Este texto del Muratori es el que utilizo para mi estudio, en coordinación con el *Abrégé* que publica el pator de Poggiana para aquellos que *n'aiment pas le latin, ou qui ne sont pas d'humeur de lire l'original* [ciertamente muy pesadol *d'un bout à l'autre*].

(72) *Annales Placentini, ab Antonio de Ripalta et ab Alberto ejus filio conscripti.* (Muratori, XX.)

(73) *Annales Brixiani. Ab Anno MCCCCXXXVII usque ad Annum MCCCCLXVIII. Italica Lingua conscripti. Auctore Christophoro A. Soldo civis Brixiano Synchrono. Nunc primum in lucem efferentur.* (Muratori, XX.)

me parecen decisivas las razones que aduce Agostini en demostración de que el libro no es de aquél aunque sin duda fuera escrito bajo su inspiración (74). La actuación de Francisco Barbaro, referida casi en los mismos términos que emplea Guarino para cantar la de su Marcelo, es un hecho consagrado por testimonio unánime de los escritores e inmortalizada por los pinceles de Tintoretto en uno de los cuatro cuadros guerreros que guarda la Sala del Gran Consejo en Venecia. Limitémonos, pues, a tener a Marcelo por colaborador de Barbaro (capitán de Brescia con el Podestá Cristoforo Donato) en aquella empresa de disuadir a algunos, *ma pochi, che cominciarono a mormorare e a consigliarsi insieme di voler patteggiare*, hasta lograr al fin, que *ognuno veniva a lavorare, cittadini, artigiani, Fratri, Preti, Donne, femmine, piccioli, e grandi, tali e quali*. Lo cierto y en todas partes reconocido es que Jacobo Antonio Marcelo, que era *Provveditore in campo e gentiluomo di Venezia*, prestó a esta República señaladísimos servicios en años posteriores, especialmente en 1446, 1447 y 1448, y que en efecto, según aduce con orgullo Guarino, fué hecho caballero del Orden ecuestre, pues en 7 de noviembre de 1446 el Magnífico Señor *Michaele, Cavaliere e Capitano Generale della Signoria di Venezia*, le calzó las espuelas y le hizo caballero, al mismo tiempo que a Messer Pietro Avogaro.

Del impresor de este incunable Estrabón que acabo de examinar, baste decir que se apellidaba Rubeus (*Italice, Rossi*), aunque sólo se firmaba Joannes Vercellesis, y que aun siendo natural de Vercelli, imprimió en Venecia desde el año 1486 hasta el 1500, después de haberlo hecho en Treviso (75). Aunque no consta lugar de impresión en el

(74) No he logrado ver esta obra de *Manelmi*, muy citada y sobre cuya paternidad razona, según digo, F. Giov. degli Agostini en su inapreciable *Notizie Istorico-Critiche intorno la Vita e le Opere degli Scrittori Viniziani* (Venezia, presso Simone Occhi, MDCCLII-IV).

(75) No es demasiado copiosa, dada la talla del autor, la bibliografía acerca de Estrabón, es decir, de las obras que examinaron críticamente su *Geografía* y discurrieron sobre las fuentes que sirvieron de base a su redacción. Por eso conservan su interés, además del libro de Siebelis, citado en mi nota 65, por noticia de Oettinger, estos otros tres, que tomo también de la misma utilísima *Bibliographie*: Bisciola (Laelius), *Disquisitio brevis, an li bri XVII Geographie Strabonis sint.....* (Col. Agrip., 1618) — Hennicke (Johan

explicit o colofón, es pues, patente y está unánimemente admitido, que ésta edición de 1494, se imprimió en Venecia.

Friedrich), *Dissertatio de Strabonis Geographie fide, ex fontibus unde in hanc auctoritate æstimanda* (Gætting, 1791) — Heeren (Arnold Hermann Ludwig), *Commentationes fontibus geographicorum Strabonis* (Gætting, 1823).

IV. — DIÓGENES LAERCIO

Muchas veces ha sido traducida del griego a la lengua del Lacio y a las vulgares, la obra de Diógenes Laercio que en latín se reduce comúnmente al título: *De Vita et moribus philosophorum*; y no han faltado quienes recogieran en trabajos de diversa índole, los dichos y hechos atribuídos por Diógenes a sus filósofos, según lo hizo, nada menos que el inmortal Nebrija (76). Pero pese a la prodigalidad con que en todo tiempo ha sido editado Diógenes, nunca dejarán de ser clásicas y de consultarse con provecho, la primera versión latina, debida a fray Ambrosio Camaldulense (quizá de 1475), y las posteriores, de Tomás Aldobrandini en 1594 e Isaac Causabono en 1615. En la edición de Marcus Meibonius (Amstelodami, 1692) se contienen reproducidas las epístolas y dedicatorias de tales intérpretes, más la de Valentino Curio de la edición basilense de 1533 y la de Henr. Stephani en diversas ediciones. Es, pues, utilísima dicha edición de 1692, para conocer la antigua bibliografía impresa de Diógenes Laercio; y por estar desenvueltas gran parte de las abreviaturas exageradamente prodigadas en las ediciones anteriores, resulta también de provecho para la más cómoda lectura del texto. Fatigosísima es ésta en nuestro incunable, que reproduce la versión latina de Ambrosio Traversari, o sea del fratre Ambrosio, aderezada y corregida por Benedicto Brognolo. Conforme ocurre con gran número de autores griegos — quizá con la mayoría de ellos —, se imprimió Diógenes Laercio por primera vez en latín y no en el original griego, pues la edición de fray

(76) *Aelius Antonius Nebrissensis in Vafre dicta Philosophorum, ex Diogene Laertio potissimum collecta* [Salmant.]. Obra impresa también, a lo que parece, en Burgos, por Fadrique de Basilea, el año 1498, en edición que guardaba, entre sus incunables, la Academia de la Historia.

Ambrosio es de Roma, anterior a 1475 según se cree, y la primera griega no alcanza sino al año 1533 en Basilea (Hier. Froben, et Nic. Episcopus, pridie idus Martias). El incunable que examino, de 1490, no consta ni en la Biblioteca Nacional, ni en la del Palacio Nacional, ni en la Universitaria, ni en la de la Academia de la Historia, ni en la de El Escorial, ni en otras bibliotecas españolas que conozco, aunque todas las enumeradas y otras varias, menos la de la Historia, tienen alguna otra edición, también incunable.

Procede de Cárdenas, y es un volumen en 4.^o, papel con filigranas (77), compuesto de dos hojas preliminares y 108 de texto (110 hojas en total), todas ellas sin numerar, a línea corrida, 42 líneas por página, de 163 × 120 mm. de caja, letra redonda, con signaturas aii - oiiii, sin reclamos, dividido en diez libros con determinación de ellos en el texto y en la cabeza de las páginas e indicación destacada del nombre de cada filósofo (dentro de cada libro) al principio del respectivo estudio; con registro final de los pliegos, que todos son *quaterni*; sin escudo ni marca del impresor, y con letras capitales e iniciales impresas, floridas y de gusto aceptable, de distinto tamaño y adorno según constituyan principio de libro o simplemente del párrafo consagrado a cada filósofo. Sin embargo, al empezar algunos de estos párrafos (Xenopon, c iiii, v. = Glaucon Athenienses, d iii, v. = Xenocrates Chalcedonius, sin sign. = Menipus phoneix y Menedemus, sin sign. = Alcmaeon Crotoniata, sin sign. = Xenophanes, m ii, v. = Zeno, m iii), no fueron impresas sino sencillas letras pequeñas indicadoras,

(77) Sin una reproducción de ellas a la vista, es difícil describir con éxito las filigranas del papel en que se imprimió este incunable, pero no huelga decir, para los profanos, que si bien a fines del siglo XIII y comienzos del XIV se usaron filigranas dobles y aun triples, se dibujó después comunmente una sola, siempre la misma, aunque por motivos que fácilmente se alcanzan, se pusieron, en cambio, complementos y contramarcas que en realidad constituyeron nuevas filigranas. Y esto es lo que acontece en el papel de nuestro *Diógenes*, en el cual aparecen tres distintos dibujos, uno de los cuales, el secundario, constituye, a juicio mío, la especie de rosa o flor, utilizada como contramarca, y los otros dos, horizontal y perpendicular, unas de las formas o variantes, bastante arbitrarias, de la *balanza* encerrada en un círculo, que fué tema prodigadísimo en los papeles venecianos por espacio de dos siglos. Consúltese la interesante obra de Charles-Moïse Briquet: *Les Filigranes. Dictionnaire historique des Marques du Papier dès leur apparition vers 1282 jusqu'en 1600* (K. W. Hiersemann. Lipsia, 1923).

en un gran hueco reservado según costumbre tipográfica de entonces, para el dibujo miniado de las grandes mayúsculas correspondientes. Y lo mismo acontece en cabeza de algunos párrafos—pocos—dentro del texto, y como única excepción en principio o cabeza del *Liber septimus*, que empieza con la biografía de Z]eno Mnasiēi. Es de suponer que estas anomalías no persiguiesen otra finalidad que la de ofrecer alguna que otra ocasión a la habilidad miniaturista del poseedor del libro. El ejemplar de este incunable, está encuadernado en pergamino rígido, y en la hoja delantera, guarda de la encuadernación, tiene escrito a mano: *Ex lib. Joīs de Braciēlis et amicorum*.

En la hoja primera (sin sign.) a plana entera: **Diogenes laertius || De uita & moribus philosophorum**. Al verso de esta misma hoja, la dedicatoria de Brognolo, que termina en la siguiente: *Benedictus brognolus generosiis patriciis uenetis Laurētio georgio: Iacoboq³ || baduario salutem pluriman dicit*. Está fechada esta epístola, en Venecia, a pridie idus de agosto de 1475. Sigue inmediatamente a continuación (sign. a ii): *Fratris Ambrosii in Diogenis laertii opus ad cosmam medicem epístola*. Y al fin de esta hoja segunda (sign. a ii, v.) la *Tabula secundum ordinem librorum*, a cinco columnas de 20 líneas las cuatro primeras, y de sólo 13 la quinta por concluirse el índice. En la hoja siguiente (3.^a, con sign. a iii; Fig. 6) comienza el texto: **Liber Primus || Laertii Diogenis uitæ & sententiæ eorum qui in philosophia probati fuerunt**. (Al fin: hoja 110, s. sign.) **Impressum fuit Venetiis impensis nobilis uiri Octauiani Scoti ciuis Modoe || tiēsis. Mccccxxxx. Decimoquinto kalendas lannuarias.**

Según dice Brognolo en su dedicatoria, Lorenzo Georgio y Jacobo Baduario le habían encomendado restaurar, reducir a su integridad (*ut ad eam integritatem ipsum reducerem*) el ya traducido Diógenes, y él, al entregar su trabajo al maestro Nicolás para que le imprimiese, procuró componer y añadir algunos epigramas y versos omitidos, de acuerdo con el criterio de Timón, que preguntado por Arato cómo se podrían preparar las obras de Homero de suerte que no contuviesen errores, respondió que escogien-

Liber Primus

Laertii Diogenis uita & sententiae eorum qui in philosophia probati fuerunt.



Philosophiam a barbaris initia sumptisse plerique au-
rumant. namque apud Perlas claruisse Magos. Babilo-
nensium siue assyrius eius rei principes fuisse Chaldaeos:
Gymnosophistas Indis. Celtis seu Gallis Druidas: &
qui Seminothi appellabantur: qui ut ait Aristoteles i
Magico & Sonon in uigetimo tertio successione hy-
bro: quod diuini humani per iuris peritissimi. ac prae-
rea religioni maxie dediti fuerunt. Seminothi quoque
appellati sunt: Phoenice itup fuisse Ochum & thra-
ca Zamolium: Libycumque Artilem. Ad haec Egypti
Nili filium fuisse Vulcanum: eumque ipsum philosophiae
aperuisse principia. Porro ipsius rei Antillites Sacer-
dotes ac prophetas appellari solitos. Ab hoc autem
ad Alexandrum Macedonum regem fluxisse annos quadraginta & octo milia octingentos
sexaginta tres. Quo toto tempore solis defectus contigisse trecentos septuaginta tres:
Lunae autem occidit triginta duos. Enim uero a Magis quoque principem fuisse Zoro-
astrem Perlen memoriae proximum est: Hermodorus quidem Platonius in libro de
diis philosophis usque ad exitum Troiae annos quingenta copulat: Xanthus uero Lydius
a Zoroastre usque ad Xerxis transitum sexcentos enumerat annos. Post eum autem ma-
gos plurimos sibi inuicem successisse Hostianus: Astrophychos: Gobryas atque pa-
ris donec ab Alexandro euersum est Persarum regnum. Sed hi profecto dum nesciunt graeco
recte facta inuicemque Barbaris applicant. Ab his neque non solum philosophia: uerum
idipsum quoque hominum genus initio manant. Denique Musae Athenae: Tharbis Li-
no inelyte sunt. Horum alterum Eumolpi filium asserunt primum decorum generationem
tradidisse: phariaeque iuuenisse & ex uno fieri atque in idipsum resoluere omnia dixisse.
Hunc Phalens obisse diem ibique sepultum esse. interitumque ipsius tumulo Epi-
gramma & genus illius & locum in quo sepultus fuerit testari.

Eumolpi exanimem mutuum terra phalerum

Continet hoc tumulo pigora cara patris.

Porro musae pater Eumolpidis apud athenienses cognomen dedit. Linum uero
Mercurio Musa per Vianum gentiliatum inuenisse a mundi generatione: Solis
semper & Lunae cursas animatumque per fructuum generandos notauisse. Denique in pri-
mo istum uerbum operis summa reuelatus repetens cuncta simul nata memorauit.
Quod secutus Anaxagoras: & ipse simul facta omnia asseruit: per mente accedente co-
posita. Linum autem in Euboea occubuisse sagitta ab Apolline transiitum: Tharbisque
uicem musae progeniti ipsamque pariter eius tumulo incitum elogium indicio est.

Condit lapidibus redimitur tempora letis

Theribum uranice continetur in aequum.

In philosophia non a Barbaris sed a Graecis initium habuit: cuius & ipsum nomen
Barbarico non est. fugit appellatum. Quia autem illius uentionem Barbaris affligit:
Orpheus quoque Thracia in medium adducit philosophum fuisse & esse antiquissimum

do ejemplares antiguos y no de los corregidos o enmendados, y en consonancia también con lo que había ya hecho el hermano Ambrosio al verter a Diógenes Laercio, del griego al latín (78). Como este incunable nuestro no es sino del año 1480 y no salió de las prensas de ningún Nicolás, sino de las de Octaviano Scoto, procede decir que la epístola de Brognolo no es exclusiva de nuestra edición y que ésta se limita a reproducir, más o menos felizmente, la anterior, en folio, impresa también en Venecia, pero el año 1475 (el mismo en que fecha su epístola Brognolo), por el impresor Nicolás Jenson Gallicum, introductor de la imprenta en Venecia y creador de elegantes caracteres que recibieron su nombre y fueron adoptados por sus sucesores (79). Tal Nicolás, es pues, el maestro a quien se refiere Brognolo. Continúa éste diciendo que si los ignorantes en medicina desean conocer la patria, los antepasados y cuanto concierne a la vida de un Hipócrates o de un Dioclio Caristio que le siguió en edad y fama, siendo así que éstos no se ocuparon sino de los cuerpos, con más motivo debieran todos desear conocer a un Aristóteles o a un Platón, que se emplearon en algo mucho más noble. Esto es lo que hace Diógenes Laercio, en cuya obra puede verse como en un cuadro o pintura, el origen de la filosofía, su engrandecimiento, elevación y partes, y los hechos y sentencias célebres de cada uno de los filósofos; una sola de cuyas cosas bastara para que se leyese con gusto. Tiene, pues, que resultar este libro muy grato para todos, especialmente después de haberse corregido las faltas y de distribuido el texto, de manera que resulta fácil su inteligencia. Agrada-

(78) Timón de Eflasia, que tan mediano concepto merecía, según sabemos, al obispo Juan Andrea, y que en verdad *erat autem acri ingenio atque ad irridendum promptus & uehementis*, dijo efectivamente, entre otras muchas cosas discretísimas, esa a que alude Brognolo. Véanse las palabras textuales en el texto de nuestro incunable (f.º, sign. nii, v.), una vez desenvueltas sus abreviaturas: *aiunt aratu ab illo quæsisse quo pacto quispiam bomeri poema sine menda consequi posset: illusque dixisse si antiqua legat exemplaria non ea que nuper emendata sunt.* ¿Acertó Brognolo, en esta su edición del Diógenes de fray Ambrosio, a lograr lo que se propuso, según este sano criterio de Timón y del propio camaldulense? Doctores tiene el humanismo, que podrán decirlo con la competencia de que yo carezco en absoluto.

(79) Con otro de Bonomiæ, de 1495, consta en la Biblioteca Nacional, precedente de la de Fomento, este incunable veneciano, de 1475, que insertó por primera vez la dedicatoria de Brognolo.

ble es también, para mejor comprender la verdad y más afianzarse en ella, aprender quiénes fueron los académicos, quiénes los elienses y los filósofos italianos, así como el sentimiento de cada cuál y de qué modo interpretaban los errores de los demás.

Benedicto Brognolo de Legnano, a quien ya conocemos, aunque de simple referencia, como confeccionador de una edición de Herodoto y como corrector habitual del impresor Pincio Mantuano de nuestro incunable Luciano-Diodoro (80), fué ilustre maestro de bellas letras, de quien, según tengo anotado, habla, seguramente con detalle, Giam Maria Mazzuchelli (81), y al que Antonio Albertini incluye, en unión de otros, entre los *viros eruditos pariter & eloquentes*, y tiene por de *ea ætate omnis generis doctrinæ lumina & ornamenta* (82). No gradúa Brognolo su estimación respecto a los generosos patricios a quienes dirige su epístola, si es que no significa orden de preferencia, el de su respectiva enumeración. Pero precisamente del primero de ellos, Lorenzo Georgio, nada he podido averiguar (dentro de la premura en que me muevo) no ya como escritor, que probablemente no lo sería, sino tampoco como patricio, pues no figura en la obra de Nicolai Crassi: *Elogia Patritiorum Venetorum, Belli, Pacisque artibus illustrium* (83), ni en el Agostini, ni en el Muratori, ni en otro alguno de los muchos autores que manejo para la redacción de este mi estudio. Tampoco aparece el nombre de Baduario en la interesante obrita de Crassus, pero aprendo en el Agostini (84),

(80) Maittaire, en sus citados *Annales*..., ha publicado un catálogo de los hombres doctos italianos que los diversos impresores utilizaron como correctores.

(81) El único ejemplar que he podido utilizar de la obra de Mazzuchelli es el que consta en la Biblioteca Nacional, que está muy incompleto, pues falta íntegro el tomo 2.º, con sus cuatro partes, y sólo llega la parte 2.ª del tomo 1.º hasta el vocablo *Azzone*.

(82) Agostini, loc. cit., tomo 1.º, pág. 554.

(83) Este tratado de Nicolás Crasso, editado también en Venecia el año 1612, está incluido en el tomo V. Parte 4.ª, del *Thesaurus Antiquitatum et Historiarum Italiae.... Digeri olim ceptus Cura & Studio Joannis Georgii Grævi.... cum Præfationibus Petri Burmanni* (Lugduni Batavorum, 1704); y esta edición, *novissima, priori mitior & emendatior*, es la que yo consulto y utilizo. Hubo otro Crasso, de nombre Lorenzo (¿hijo de Nicolás?), que también se dedicó a elogiar hombres ilustres, conforme lo demuestra el título que de dos de sus obras registra Græse: *Elogj d'buomini letterati* (Venezia, 1666) y *Elogj de' capitani illustri* (Ven. Combi, 1688).

que era hijo del noble varón Jeremias Baduario, que el día 8 de julio del año 1409, siendo estudiante de Derecho canónico, concurrió con otros cinco, *ad probam Episcopatus Paduanorum*, y que seis años más tarde, en 1415, él y otros cuatro estudiantes *in Decretalibus, fecerunt se scribi ad probam Archiepiscopatus Cretensis per obitum in Christo Patris Domini L. Delfino*. Como la epístola de Bragnolo está datada el año 1475, si éste Baduario, estudiante y concursante, es el destinatario epistolar de nuestro corrector, tenía que ser de edad muy avanzada por mucha que hubiera sido su precocidad estudiantil. Mas, por razón de cronología, no puede tratarse de ninguno de los otros dos Jacobos Badoaro de que tengo noticia, pues uno de ellos, que fué prior *della Scuola di S. Giovanni Evangelista*, de Venecia, pertenece a principios del siglo XIV, y el otro, veneciano, obispo de *Spalatro* en 1439, falleció en 1451, siendo notorio que el corresponsal de Ambrosio vivía cuando éste escribió su epístola (85).

En su epístola a Cosme de Médicis, estima fray Ambrosio—de quien en seguida hablaré—que Diógenes Laercio puso más cuidado y afición al leer que diligencia al escribir; pero a pesar de esto, cuando llegó a sus manos la obra sobre los filósofos, todavía creyó que era digna de ser conocida, por tratarse de una historia tan varia y excelente. Por ello no tuvo inconveniente ni consideró reprehensible suspender por breve tiempo su acostumbrada ocupación de traducir cosas sagradas y pertinentes a la religión, para consagrarse a la versión de Diógenes. Cuando entre los que fueron príncipes de la sabiduría secular es tan grande la disputa sobre Dios y las cosas divinas y humanas y de tal modo se destruyen mutuamente sus encontradas opiniones y no se descubre punto de apoyo firme, el alma se abraza

(85) Trae noticia de estos dos Baduarios, y también del nuestro, Leone Cettani, en su *Saggio di un Dizionario Bio-Bibliografico Italiano* (Roma, 1924). Noticias del prior de San Juan Evangelista y del obispo de Spalatro, se encuentran asimismo en Moroni (loc. cit.), y de este segundo, también en el Gams (*Series Episcoporum*.....). Fué el de Badoario, apellido bastante frecuente, y, entre todos, se destacan dos Cardenales: un Bonaventura Badoario, nacido en 1332, y un Giannalberto Baduario, que vió la luz el año 1658. (Vid. Moroni, III.)

con mayor denuedo a la gracia de la dignidad divina, y corriendo a la fuente de la verdad, se compadece de la sequedad y aspereza de los antiguos errores aunque entre éstos pueda encontrarse algo probable y aun conforme con la verdad. Y en su preocupación de justificar su proceder, continúa razonando fray Ambrosio, que la mente fatigada de tanta variedad de opiniones se adentra con mayor gusto y agrado en el recinto de la verdad y ansía con mayor anhelo los escritos y libros divinos y hasta aquello mismo que algunos filósofos discurrieron, en consonancia con el cristianismo, sobre Dios, sobre el cielo, sobre los cuerpos celestes y sobre la naturaleza de las cosas. Se encuentran en las obras de los filósofos, muchos dichos y hechos grandes y que sirven de aliciente, como ejemplos, para el acrecentamiento de la virtud, pues sería vergonzoso que un cristiano dependiente de Dios y que espera la vida eterna, fuese desidioso en virtud y continencia, cuando hombres gentiles, muy ajenos a la verdadera religión, se consagraron insistentemente a la probidad, a la modestia, a la frugalidad y a los demás ornamentos del alma. Casi se atreve a decir Ambrosio, que muchos ejemplos de tales gentiles están tan cerca de la perfección evangélica, que avergüenza y enrojece que superen a los que ofrecen algunos filósofos de Cristo, y que pueda más la gloria vana en el pecho de un gentil que el afecto de la piedad religiosa en un alma cristiana. Por todas estas razones se decidió Ambrosio a traducir a Diógenes Laercio, considerando que no era el suyo trabajo perjudicial ni siquiera inútil. Como que una sola cosa le atemoriza (*id quod solum ferme timemus*): que alguien, arrebatado por la admiración de los hombres de quienes habla Diógenes, comparase sus ejemplos con la filosofía cristiana, y prefiriese aquéllos. Pone el insigne fraile su trabajo en manos de Cosme de Médicis, muy autorizado conocedor de las filosofías gentil y cristiana, deseando que sea su censor al mismo tiempo que su patrono. Y termina advirtiéndole que por discrepar de la seriedad de la historia, dejó de traducir muchos y muy distintos versos intercalados por el autor, si bien cuidó de que no quedase manco el sentido, y que por exigirlo así la fiel interpreta-

ción y aconsejarlo la razón, no omitió bastante que resulta poco pudoroso tanto en dichos como en hechos.

Llama la atención en esta epístola—sobre todo después de conocer la fraseología nuncupatoria de un Mancinello—la elegante y severa sobriedad con que se produce fray Ambrosio al dirigirse a Cosme de Médicis, ilustre humanista y Mecenas de veras entre tantos como lo fueron de guardarropía en aquella época del Renacimiento italiano. Y es que Ambrosio Traversari, que mereció ser biografiado por muchos autores y fervientemente elogiado por los de su Orden Camaldulense (86), fué prototipo de austeridad y de virtud, aunque los maldicientes Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini, le tachasen injustamente de hipócrita. Tan diferente fué fray Ambrosio de la mayor parte de sus contemporáneos, siempre propensos a enemistarse e injuriarse mutuamente con lenguaje soez, que no tenía por literatos, ni siquiera como cristianos, a los que profanaban el santuario de las bellas letras con libelos difamatorios. Y no será fácil encontrar en la agitada historia literaria del siglo XV, quien profesase con palabras y obras, una más fiel, constante y expresiva amistad, casi siempre correspondida, con todos los patricios y literatos de la época: Fantino Dandolo, Lionardo Giustiniano, Ermolao Barbaro (87), Ludovico Barbo, Piero Donato....., y especialmente con Francesco Barbaro (el defensor de Brescia), de quien fué *parzialissimo amico*, del que recibió en cierta ocasión el regalo de dos códices *membranacei* y de quien hizo un ardiente elogio fúnebre. En su *Hodæporicon* (itinerario o relación del viaje que hizo como General, para visi-

(86) Aunque para conocer a fray Ambrosio bastan las noticias prodigadas en cualquier Historia literaria, y más peculiarmente en los tratados de hombres ilustres en general (Agostini, por ejemplo), consulte el curioso, además de la biografía debida al abate Lorenzo Mehus (*Vita Ambr. Camald.*), la obra del P. Rudesindo Cateni Camaldolese (*Elogii degli Ill. Toscan.*) y la de los *Annalisti Camaldolesi* (*Apud* Tiraboschi, VI, 2.^a, pág. 121).

(87) Ermolao Barbaro le dedicó, el año 1422, una traducción de algunas fábulas de Esopo: *Hermolai Barbari V. P. ad doctissimum Ambrosium Monachum, Prohemium in aliquas Aesopi fabulas*. [Empieza]: *Cum singularem tuum in me amorem, & pietatem animadverto, &c.* [Al fin del opúsculo, aparece esta nota]: *Expliciunt quædam Aesopi fabulæ traductæ per me adolescentem Hermolaum Barbarum P. V. Anno Domini MCCCCXXII Kal. Octobris. sub expositione disertissimi, ac eruditissimi viri Guarini Veronensis, patris, ac præceptoris mei.* (*Apud* Agostini, I, pág. 250.)

tar los monasterios de su Orden) y en su copiosa correspondencia (88) nos ha dejado el insigne fraile, referencias personales y testimonios fehacientes de estas amistades, nunca quebrantadas por su parte. Nació Ambrosio en Portico, junto al Apenino, en la región florentina, el día 16 de septiembre de 1386 y murió el 21 de octubre de 1439. Profesó a los catorce años de edad en la Orden Camaldulense, de la que fué elegido Superior General el año 1431. Viajó mucho, y en todos los lugares visitados dejó huella luminosa de su actuación. Por ejemplo, en Venecia, el año 1437, en tiempo del Papa Eugenio IV, cuando pronunció en el Monasterio de *S. Giorgio Maggiore* una célebre oración *ad Imperatorem & Patriarcham Constantinopolitanum & ad reliquos Græcorum Prælatos & Nobiles viros*,..... cuya oración comenzó con el canto de *Gloria in excelsis Deo*..... y concluyó con las palabras finales del v. 27, capítulo XVI de la Epístola de San Pablo a los Romanos: *cui est honor & gloria in secula seculorum. Amen*. Por ejemplo también, en el Concilio de Basilea, el VII de las calendadas de septiembre de 1435, cuando dijo otra oración cuyo comienzo es: *Non vereor, Patres Reverendissimi, ac doctissimi Viri, qui sacrum hoc generale Concilium vestra illustratis præsentia*.....

Aunque Paolo Cortese y algún otro de sus contemporáneos estimaron que fray Ambrosio escribía en estilo poco culto y que sus versiones no siempre resultan muy exactas (89), es lo cierto que fué santísimo y *venerable uomo quanto per la pietà, altrettanto per le lettere manifesto* (en frase de Agostini), que por ocupación habitual que él mismo pregona, interpretó peculiarmente a los Santos Padres,

(88) Con razón dice Græsse, que las supuestas ediciones del *Hodæporicon* (Florencia, años 1431 y 1432) no existen ni pueden existir, y que sin duda se ha confundido la fecha del viaje con la de la impresión. Además de alguna edición independiente de las *Epistolas* del Traversarius, fueron éstas insertas (divididas en XX libros) en el volumen 3.º de *Vetera Monumenta*, de los PP. Martène y Durand (año 1724).

(89) Paolo Cortese, apenas cumplidos los veinte años de edad, escribió su *De homin. doctis*, en forma de diálogo con Alejandro Farnesio (después Paulo III) y con un tal Antonio, y en su excelente estilo y con suma discreción, va juzgando a todos los hombres doctos. Textualmente dice de nuestro fray Ambrosio: *scribebat facile & naturalem quandam dicendi cursum habebat oratio. sed admodum incultum*.

entre ellos a San Atanasio, en versión del griego ofrecida a su amigo Pedro Donato, y a San Juan Crisóstomo, y a San Juan Climaco, y a San Efrén y a San Basilio, escribiendo directamente en latín la *Vida de Santa Eugenia, virgen*, y quizá el Cronicón *Montis Cassini*.

Sabemos ya que Octaviano Scoto, que imprimió este incunable de Diógenes Laercio, fué *mercator librorum* al mismo tiempo que impresor (Vid. mi nota 36); y he de añadir ahora, que sin perjuicio de esta doble actividad, todavía patrocinó y costeó muchas ediciones impresas en Venecia por el presbítero *Bonetum Locatelli*, entre ellas precisamente dos de nuestros incunables (un *Appollinaris Offredi* y un *Joannis Duns Scoti*), que en su momento examinaré. Imprimió personal y directamente Octaviano, en Venecia, desde el año 1480 (el de este *Diógenes*) hasta fines del siglo XV, y además de *Bonetus Locatellus*, que empezó siendo simple obrero o ayudante suyo, tuvo también otros obreros que han legado su nombre a la posteridad, pero con los cuales no necesitamos trabar conocimiento (90).

(90) Para tener una idea de quién fué Diógenes Laercio, basta conocer cualesquiera de los prólogos e introducciones que encabezan las traducciones modernas. Por ejemplo, la Introducción de M. Ch. Zevort en *Vies et doctrines des philosophes* (París, 1847), de la *Bibliothèque Grecque-Française*, el segundo párrafo de cuya Introducción nos cuenta lo que se sabe de la vida de Diógenes; o el Prólogo y la Vida que escribe al frente de su traducción D. José Ortiz y Sanz (*Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomos XCVII-VIII de la *Biblioteca Clásica* de Hernando (Madrid, 1922)). Quien guste de más detalle, vea, entre otras que pudiera citar, la obra de Georg. Heinrich Kippel: *Dissertatio de Diogenis Laërtii vita et scriptis*. Hefeld, 1831. (*Apud*. Oettinger.)